Estudios Avanzados
Nº 42, 2025: 21-44
ISSN 0718-5014

Artículo
DOI https://doi.org/10.35588/ssnj8b28

El machismo y el imaginario latinoamericano de las individualidades ingobernables

Machoism and the Latin American Imaginary of Ungovernable Individualities

O machismo e o imaginário latinoamericano das individualidades ingovernáveis

Danilo Martuccelli

Université Paris Cité y Universidad Diego Portales
París, Francia
ORCID https://orcid.org/0000-0001-5940-8949
danilo.martuccelli@gmail.com

Recibido
17 de abril de 2025

Aceptado
11 de junio de 2025

Publicado
30 de junio de 2025

Cómo citar
Martuccelli, D. (2025). El machismo y el imaginario latinoamericano de las individualidades ingobernables. Estudios Avanzados, 42, 21-44, https://doi.org/10.35588/ssnj8b28

CC BY

Resumen
Proponemos una caracterización del machismo latinoamericano como una de las variantes de la masculinidad y de las individualidades ingobernables. El artículo se desarrolla en cinco etapas. En primer lugar, se presenta el imaginario de las individualidades ingobernables dentro del cual se inserta el machismo latinoamericano. Luego se propone una caracterización general y distintiva del machismo subrayando sus dos grandes rasgos: la ingobernabilidad sexual y el abuso social. En los apartados siguientes y con el fin de mostrar el valor heurístico de esta caracterización del imaginario del machismo se aventura una interpretación de sus bases históricas y estructurales de producción; una relectura crítica del ambiguo papel de este imaginario en la forja identitaria del mestizaje, y un análisis de la especificidad de los temores presentes en el machismo en tanto que modelo prescriptivo de conducta.
Palabras clave: Machismo, ingobernabilidad, sexualidad, abuso, mestizaje.

Abstract
The objective of this article is to propose a characterization of Latin American machoism as one of the variants of masculinity and ungovernable individualisties. The article is developed in five stages. First, the specificity of machoism is analyzed as one of the manifestations of the imaginary of ungovernable individualities in Latin America. Then, a general and distinctive characterization of machoism is proposed, highlighting its two main features: sexual ungovernability and social abuse. In the following sections, in order to show the heuristic value of this characterization of the machoism imaginary, an interpretation of its historical and structural bases of production is proposed; a critical re-reading of its ambiguous role in the identity forging of miscegenation, and an analysis of the specificity of the fears present in machoism as a prescriptive model of behavior.
Keywords: Machoism, ungovernability, sexuality, abuse, miscegenation.

Resumen
Propomos uma caracterização do machismo latinoamericano como uma das variantes da masculinidade e das individualidades ingovernáveis. O artigo se desenvolve em cinco etapas. Em primeiro lugar, apresenta-se o imaginário das individualidades ingovernáveis dentro do qual inserta-se o machismo latinoamericano. Logo se propõe uma caracterização geral e distintiva do machismo destacando seus dois grandes rasgos: a ingovernabilidade sexual e o abuso social. Nos seguintes apartados e com o objetivo de mostrar o valor heurístico desta caracterização do imaginário do machismo é proposta uma interpretação de suas bases históricas e estruturais de produção; uma releitura crítica do ambiguo papel deste imaginário na formação identitária da mestiçagem, e um análise da especificidade dos temores presentes no machismo em tanto que modelo prescriptivo de conduta.
Palabras clave: Machismo, ingovernabilidade, sexualidade, abuso, mestiçagem.

CC BY

Introducción

El objetivo de este artículo es proponer una caracterización del machismo latinoamericano como una variante del imaginario de las individualidades ingobernables. A pesar de su polisemia, la noción de imaginario puede ser asociada con un conjunto de grandes significaciones, más o menos fundacionales, que conforman universos específicos de sentido que suelen tener importantes consecuencias performativas (Castoriadis, 1975; Taylor, 2004). O sea, el imaginario reenvía tanto a un reservorio de significaciones comunes propias a un colectivo social como a una capacidad creativa.

En América Latina un imaginario específico se ha construido en torno a las individualidades ingobernables: una caracterización de los actores como hábiles, fuertes, díscolos, altamente celosas de lo suyo, excesivos, que no encajan o que no logran ser contenidos por las instituciones. Tal imaginario ha tomado diferentes rostros: la barbarie (Sarmiento, 1977; Ramos Mejía, 1899; en la novela *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y *La Vorágine* de José Eustasio Rivera); los caudillos (García-Calderón, 1980; Vallenilla Lanz, 1991); el dictador (una figura muy presente en la novelística de la región de Miguel Ángel Asturias a García Márquez, pasando por Alejo Carpentier o Vargas Llosa); la transgresión, por supuesto (García Villegas, 2009 y 2017; Araujo, 2009); la violencia (desde los desórdenes posindependencia hasta las representaciones actuales en torno a los narcocorridos o el sicariato), pero también en diversas representaciones de la astucia, la viveza y la criollada (Mafud, 1988; Neira, 1996) o en Brasil, el *jeitinho* y el malandro (Buarque de Holanda, 2013; Candido, 1977; DaMatta, 1984). Dentro de este imaginario, el machismo detenta un papel destacado.

Para analizar el imaginario del machismo como manifestación de las individualidades ingobernables recurriremos a una diversidad de fuentes —literatura académica, obras culturales, representaciones sociales— y procesos históricos. Nuestro objetivo no es estudiar las prácticas machistas propiamente dichas (para lo cual otras metodologías son necesarias), sino perfilar las especificidades del machismo como «una» variante de la masculinidad y en tanto que expresión del imaginario latinoamericano de las individualidades ingobernables.

Procederemos en cinco etapas. Comenzaremos presentando el imaginario de las individualidades ingobernables dentro del cual se inserta el machismo latinoamericano. Luego daremos una primera caracterización a través de dos grandes rasgos: la ingobernabilidad sexual y el abuso social. En los apartados siguientes y con el fin de mostrar el valor heurístico de esta caracterización propondremos una interpretación de sus bases históricas y estructurales de producción; una relectura crítica de su

CC BY

ambiguo papel en la forja identitaria del mestizaje; la especificidad de los temores que engendra como modelo prescriptivo de conducta. A través de estos desarrollos, el artículo buscará asentar una comprensión del machismo en tanto que variante del imaginario de las individualidades ingobernables.

El individualismo institucional y las individualidades ingobernables

Los procesos de individuación latinoamericanos son irreductibles al individualismo institucional. Considerado como un fenómeno histórico distintivo y exclusivo de la modernidad occidental, el individualismo es indisociable de «un» programa institucional peculiar. Según este modelo las principales instituciones de la sociedad (el derecho, el trabajo, la escuela, la familia) están explícitamente orientadas hacia los actores individuales obligando a cada persona a desarrollarse como un individuo particular (Parsons, 1951 y 1964), como un sujeto moral ya sea en el ámbito económico, político o sentimental. El individuo es inseparable del trabajo de las instituciones (Lukes, 1975; Beck y Beck-Gernsheim, 2003).

La situación es distinta en el caso latinoamericano. Dado la naturaleza efectiva de los poderes infraestructurales del Estado, de las instituciones o de las disciplinas, se forjó un imaginario de individuos irreductibles a las prescripciones institucionales. El individuo no se percibe y no es concebido como el resultado directo de un programa institucionalizado de reglas. Los actores se perciben y son representados en tensión y a veces incluso independientemente de las normas y controles institucionalizados.

Vale la pena precisar lo anterior. En toda sociedad existen instituciones y los individuos son indisociables de su trabajo, si por este término se entiende el conjunto de las grandes maneras de hacer, pensar o sentir. Pero si por institución se entiende —como es el caso en el individualismo institucional— un número limitado de grandes principios legítimos y muy activos en ciertas organizaciones sociales (Dubet, 2006), es posible diferenciar entre distintas modalidades de individuación según el papel que se le otorga al programa institucional propiamente dicho.

En América Latina, el imaginario de las individualidades ingobernables ha forjado la representación de individuos como «actores» que deben enfrentar, de maneras múltiples y en medio de un sentimiento generalizado de desamparo institucional, un conjunto dispar de desafíos sociales. Por supuesto, los actores interiorizan reglas, son conformistas y muchos de ellos se revelan fatalistas. Sin embargo, más allá de estas realidades, el imaginario subraya que los individuos son actores que tienen que arreglárselas por su cuenta y sin contar demasiado con el

CC BY

apoyo de las instituciones. Lo anterior valió tanto para las comunidades indígenas que no pudieron recurrir a la justicia para defender sus derechos a la tierra como para el hacendado que instauró por su cuenta —costo y riesgo— la ley en su propiedad sin fiarse del Estado; tanto para los trabajadores nómadas del siglo XIX como para los trabajadores informales dos siglos después. Repitámoslo: ello no quiere decir que no hay instituciones, pero quiere decir que desde este imaginario y modalidad de individuación su trabajo ordinario es representado de otra manera. Los desafíos de la vida social no son gestionados —o solo sesgadamente— por programas institucionales o amortiguados significativamente por ellos. Cada actor debe hacerse cargo de sí mismo, con el apoyo de un círculo estrecho, incluso en contra o a distancia de las prescripciones institucionales.

En América Latina, a diferencia de lo que se dio en la modernidad occidental, no hubo una expansión homogénea e intensiva de las disciplinas y de las interpelaciones institucionales en las fábricas, escuelas, hospitales, prisiones. La penetración de las relaciones sociales por los poderes infraestructurales del Estado y más ampliamente por las disciplinas y las reglas fue accidentada, circunscrita y limitada, y varias veces ineficaz (Méndez et al., 2002; Araujo, 2009).

Las características específicas del poder infraestructural en América Latina y la (in)efectividad del trabajo de las instituciones promovió un imaginario que subrayó la alteridad de los individuos con respecto a las instituciones, las reglas, los controles. Fue menos cuestión de libertad o de independencia, que de ingobernabilidad. Una representación que reconoció las habilidades, la astucia, los esfuerzos que los actores eran capaces de poner en práctica para lidiar con un conjunto de desafíos sociales en medio de ambiguas o insuficientes protecciones institucionales, para gestionar asimetrías de poder que no eran reguladas —o solo parcialmente y con arbitrariedades— por la ley. En el ordinario de sus vidas, los individuos enfrentan un sinnúmero de retos, pero también de imprevistos: no asistencia institucional, prácticas clientelistas que merman su independencia, solidaridades insuficientes, abusos de las autoridades. El actor debe afirmar sin desmayo su individualidad y al mismo tiempo debe desarrollar un conjunto de estrategias en dirección de su familia, de sus vecinos o de su comunidad para constituir una red de lealtades diversas (de las que se fía y de las que a su vez desconfía), para fabricarse como individuo en ausencia de soportes institucionalizados suficientes (Adler de Lomnitz, 2016; Robles, 2000; Martuccelli, 2010).

O sea, mientras que en las sociedades modernas occidentales el individualismo institucional primó sobre los individuos, en América Latina el imaginario de las individualidades ingobernables promovió una representación según la cual los

CC BY

individuos no logran ser contenidos por las instituciones (Martuccelli, 2024).

Si cada figura de ingobernabilidad (barbarie, caudillo, transgresión, etcétera) tiene una historia propia, todas ellas tensan los controles institucionales propiamente dichos. Esto da cuenta del carácter transversal que tiene la cuestión de la violencia en varios perfiles y la importancia específica que toma en el caso del machismo. Formularemos la hipótesis que es dentro del amplio imaginario de las individualidades ingobernables como debe comprenderse el machismo latinoamericano.

El machismo como imaginario de ingobernabilidad

Aunque la noción de machismo es abundantemente movilizada tanto en la literatura académica como en las representaciones sociales, su perfil es por lo general bastante lábil y en ciertos estudios hasta se sobreentiende su sinonimia con la masculinidad (Mirandé, 1997) o con la virilidad (Fuller, 2012). Sin embargo, en su núcleo-duro el imaginario del machismo se diferencia de otras versiones de la masculinidad: es la expresión de una ingobernabilidad sexual asociada con formas brutales de abuso. Esta caracterización da cuenta de las asociaciones frecuentes del machismo con la violencia o la agresividad, ellas mismas en lazo con una relación conflictiva hacia la paternidad (García, 2019; Muñoz Sánchez, 2017: 122-125). De entrada, el imaginario del macho está radicalmente alejado de la virilidad y de sus reglas de autocontrol e incluso de sacrificio de sí. Pero también lo está de la estética analizada por Foucault (1984) en la erótica griega y su preocupación por lograr que la pasividad sexual del joven mancebo no comprometa su futura sexualidad activa en la vida adulta. Nada de esto existe en el machismo: la penetración de la mujer y eventualmente de hombres implica el anonadamiento del otro/la otra a la propia pulsión ingobernable. El imaginario del machismo articula la ingobernabilidad sexual con el abuso social.

El machismo subraya, en claro contraste con la virilidad, la sumisión de la voluntad personal a los imperativos de la voracidad sexual. El personaje de la novela de Mario de Andrade, *Macuínama*, publicada en Brasil en 1928, es un ejemplo de este tipo de masculinidad ingobernable: perezoso, mentiroso, dotado de una sexualidad insaciable, un personaje negro que al bañarse en una fuente mágica se vuelve blanco, que opera en medio de un canibalismo metafórico en el cual todos comen a todos, enzarzado en una letanía de episodios que denotan una gran cintura para salir airoso de muchas situaciones, pero muy poca columna vertebral. Es la asociación de estereotipos lo que importa: el apetito sexual insaciable del personaje es un rasgo inequívoco de la ingobernabilidad, en este caso pulsional, del machismo.

CC BY

Sin embargo, por importante que sea la dimensión pulsional tratándose de la ingobernabilidad del machismo no es la única manifestación. Como lo resumió para siempre la letra de la célebre ranchera mexicana «El Rey», de José Alfredo Jiménez, el machismo es una forma particular de transgresión y subversión de las reglas:

> Con dinero o sin dinero
>
> Yo hago siempre lo que quiero
>
> Y mi palabra es la ley
>
> No tengo trono ni reina
>
> Ni nadie que me comprenda
>
> Pero sigo siendo el rey. (Jiménez, 1981)

Detrás de la celebérrima frase «yo sigo siendo el rey» es cuestión de la enunciación de una actitud particular y excesiva hacia el orden y las instituciones —y de un enigma: nadie me comprende.

En el corazón del imaginario del machismo se encuentra una representación de la masculinidad en la cual la dominación de los otros, prima sobre el gobierno de sí mismo. Por eso, en el imaginario del macho la violación es presentada como una prueba de su masculinidad y voracidad incontrolable. La clave del macho está en la licencia que se otorga, dado su sexo y su raza, para disponer de los otros cuerpos. En el imaginario del macho no hay cortejo, sino rapiña, abuso y dominación. Una dimensión actualmente presente en los ritos de iniciación de ciertas pandillas criminales (la violación es exigida como una condición de membresía), pero su principal manifestación reenvía al impulso fálico «incontrolable» del hacendado ante el cuerpo irresistible de las indígenas o mulatas, mujeres subalternas descritas como desprovistas de voluntad para resistir. No es el único ejemplo. El machismo también está presente en varias figuras del dictador. Pensemos, por ejemplo, en las prácticas de ultraje sexual que el dictador Trujillo (1930-1961) se dice ejerció en la República Dominicana sobre las mujeres de sus ministros. Una manera de mostrar su poder ilimitado, su sexualidad ingobernable, su capacidad de vejar a todas y a todos.

El imaginario del machismo subraya una falta particular de autonomía: el macho está gobernado por un impulso sexual incontrolable; está tutelado desde el falo. La declinación de una oferta sexual es inequívocamente vinculada con una actitud femenina. Notemos que esta ingobernabilidad fálica percibida como un signo de poder en América Latina fue en muchos otros países asociada con las deficiencias de autocontrol de las clases subalternas. Nada de extraño por eso que en el imaginario del machismo la máxima humillación, como lo recrea Vargas Llosa en su novela *La fiesta del Chivo*, de 2000, en torno a la figura del dictador Trujillo, sea la impotencia sexual.

El machismo es por eso casi, punto por punto, un contra relato del proceso de civilización propuesto por Norbert Elias (1987). Si en el proceso de civilización la sexualidad se subordina a la autonomía, produce

CC BY

culpa, exige autocontrol, la sexualidad del macho en su voracidad desmedida se ejerce sin sentimiento de culpa porque es representada como el puro efecto de una libido ingobernable. La voracidad sexual ingobernable y los abusos permanentes que suscita constituyen el meollo del macho. Tales actitudes atraviesan el tiempo y las clases sociales y son recurrentes en la descripción de tantos caudillos, hacendados o dictadores, pero también en tantas prácticas de acecho y acoso sexual urbano (ya sea en sus formas verbales, en las miradas insistentes y lujuriosas, o en los toqueteos). Si el relato del proceso de civilización subraya la expansión del autocontrol, el imaginario del machismo da forma a una letanía de conductas de ingobernabilidad.

En lo que sigue mostraremos el interés heurístico de este imaginario de ingobernabilidad para analizar diversas manifestaciones del machismo (históricas, sociales, fantasmáticas).

Las bases históricas del imaginario del machismo

Aunque el machismo —como ocurre en el caso mexicano— solo se consolidó como estereotipo en la década de 1940 (Gutmann, 1996) en lazo con el proyecto de formar una identidad nacional contrapuesta a la estadounidense, la forja del imaginario del machismo retrotrae a la conquista y a la colonización. Si se descuida este aspecto, los dos grandes rasgos del machismo (ingobernabilidad sexual y abuso social) se vuelven ininteligibles.

Tanto las prácticas de violación como versiones más o menos fantasmáticas sobre el derecho de pernada (Vigarello, 1998), existen en varias sociedades. Pero en el imaginario del machismo, la violación tiene una función y una significación particulares. Se la representa como el resultado de un doble impulso ingobernable: un imposible control de la voracidad sexual y un imposible control del goce de la humillación. En América Latina, a pesar de la importancia de la violación sobre lo que volveremos en el apartado siguiente, la ingobernabilidad sexual del macho es rastreable a través de la profusión de los hijos ilegítimos. La asociación entre ambas realidades no es fortuita.

La historia de los hijos ilegítimos en América Latina tiene que ser contextualizada, al menos en sus inicios, en el marco de sociedades en las cuales entre 1493 y 1600, del total de emigrantes españoles que llegaron a tierras americanas apenas el 16,56% fueron mujeres (Sánchez-Albornoz, 2014: 89). De ahí que Mörner (1970) haya podido afirmar que la conquista de América fue en verdad una conquista de mujeres y que Herrén (1991) hable de la conquista erótica de

CC BY

las Indias. Estas prácticas se asentaron sobre asimetrías no reguladas de poder que se perpetuaron en el tiempo al punto que en el siglo XVIII «comerciantes, artesanos, funcionarios, religiosos, sacerdotes todos tenían concubinas de piel oscura, a la vista de todo el mundo» (Bennassar, 2001: 207). En Bogotá, entre 1750 y 1806, un 48% de los niños nacidos fue inscrito como hijo de padre desconocido (García Villegas, 2017: 58). En Brasil la esclavitud fue tanto una vía de explotación del trabajo como de abuso sexual (Schwarcz y Starling, 2016). Un popular adagio brasilero colonial sintetiza esta articulación entre sexo y razas: «branca para casar, mulata para fornicar, negra para trabalhar». Una estructura de poder y abuso refrendada por la ferocidad con la cual varias amas blancas participaron en la humillación y maltrato de sus esclavas negras — muchas de ellas amantes fortuitas de sus maridos (en capítulo tres de Aidoo, 2018).

El imaginario del machismo asentó la continuidad de estas prácticas: desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XX, el vagabundeo sexual marca la historia de las progenituras. Entre los conquistadores el adulterio fue frecuente y se explicó por «culpa de la debilidad de la carne», «razón» por la cual la reprobación moral se concentró en las mujeres (Retamal, 2015: 56). Entre muchos españoles, los matrimonios convenientes cohabitaban con una vida sexual con concubinas y mancebas. Desde la era colonial, en las estancias, plantaciones y haciendas, los dueños abusaron de las indígenas y esclavas (prácticas que se apoyaron en estereotipos sexuales sobre los negros y la lascivia de las indígenas).

La forja del imaginario del machismo debe entenderse en lazo con estas bases materiales e históricas. La representación del «desenfreno del placer» fue por ejemplo muy activa en Lima: una visión que se forjó durante la Colonia y que se prolongó en la época republicana. González Prada moviliza figuras fantasmáticas en torno a la hipersexualidad incontrolada de los limeños y llega a denostar Lima como una «sociedad enferma de erectismo crónico» (Velázquez Castro, 2013: 294). También para el caso peruano, Neira (1996: 231) formula la hipótesis de una complicidad particular entre blancos y negros en torno al placer que, iniciada en la época colonial con el barroco, habría sobrevivido hasta las primeras décadas del siglo XX. Siempre en Lima, entre 1908 y 1931 el número de nacimientos registrados fuera del matrimonio y el porcentaje de hijos ilegítimos superó el 50%, cifras incluso más altas de las que se registraron en la Lima colonial (Mannarelli, 1999: 208; Burga y Flores Galindo, 1987).

No fue un caso aislado. En Chile si a mediados del siglo XIX, el 22,3% de los nacimientos fueron ilegítimos, el porcentaje subió a más del 30% en 1890 y en 1929 llegó a superar el 50%, regresando a mediados del siglo XX a una cifra cercana a la de 1850. En Argentina, en 1917 la tasa de ilegitimidad fue del 15% en Buenos Aires, pero fue de un 22% a nivel nacional, alcanzando cifras de más del

CC BY

45% en varias provincias (Lavrin, 2005: 190-193).

Pero más allá de las cifras, lo importante es la interpretación que de estas prácticas se hizo a través del imaginario del machismo. Si a fines del siglo XIX y comienzos del XX los discursos médicos y los escritos de educadores higienistas afirmaron la necesidad de controlar los impulsos sexuales masculinos, en los hechos, la idea de una ingobernabilidad pulsional gozó de una amplia aceptación colectiva. Incluso una autora con inclinaciones feministas como Teresa Gonzales de Fanning expresó en un texto de 1905 una comprensión hacia «el esposo que se encuentra desatendido en sus necesidades físicas» (Mannarelli, 1999: 125). Detrás de la multiplicación de hogares ilícitos, se asentó la representación de un impulso sexual masculino ingobernable que eximía a los hombres, de alguna manera, de sus responsabilidades como proveedores familiares. La tentación sexual era tanto más grande que las herencias excluían a los bastardos e hijos ilegítimos, con lo que no había entre las capas acomodadas incitaciones institucionales para constreñir la sexualidad masculina.

Sin embargo, el análisis de las prácticas de abuso sexual modifica la representación. A pesar del frecuente vagabundeo sexual de los conquistadores o hacendados, desde la época colonial el machismo reservó un trato radicalmente distinto a las mujeres blancas con respecto a las de los grupos subalternos (Seed, 1991; Mannarelli, 1993; Lavrin, 1991). La supuesta ingobernabilidad sexual se inclinó delante de las jerarquías sociales y raciales revelando así sus dimensiones de dominación. El machismo fue, desde sus inicios, inseparable de asimetrías no reguladas de poder.

Aún más: a pesar de que el machismo tuvo declinaciones distintas entre las clases sociales, terminó convirtiéndose en un estereotipo generalizado de un tipo de masculinidad. Aunque el machismo, como ingobernabilidad sexual y abuso, estuvo muy presente en las élites, estas no dudaron en asociarlo con la tendencia entre las capas populares a tener hijos ilegítimos a causa de supuestas «degeneraciones» raciales. Sin embargo, más allá de los estereotipos étnicos, el porcentaje de ilegitimidad fue en realidad un fenómeno sobre todo urbano (Águila Peralta, 2013: 231-232; Salinas, 2015: 16). Desde la Colonia hasta el siglo XX, en general, «el porcentaje de hijos ilegítimos [fue] muy reducido en las comunidades indias y muy elevado en las comunidades de mestizos y mulatos» (Carmagnani, 2004: 94).

Comprendamos bien el sentido de estas cifras y análisis. En contra de lo que perfila el imaginario del machismo y la representación de pulsiones incontrolables, desde el período colonial hasta la era republicana la cartografía de la ilegitimidad impone otra representación. El alto número de hijos ilegítimos se explica menos por una insaciable e incontrolable voracidad sexual que por asimetrías de poder y estructuras sociales: el poder en la

CC BY

conquista de los españoles sobre las mujeres indígenas; el poder arbitrario en las haciendas; los diferenciales de control social informal en el campo o en la ciudad. En cada caso, el machismo fue tributario de una modalidad particular de no-control institucional. Sobre esta estructura histórica y sus transmutaciones se construyó la representación de la ingobernabilidad sexual del machismo. Si la cuestión de los hijos ilegítimos se ha trastocado profundamente en la región, ciertas modalidades específicas de los celos dan cuenta hasta la actualidad del vigor de este imaginario (Araujo y Martuccelli, 2012).

El machismo y el imaginario del mestizaje

La voracidad sexual del macho fue un factor de desorden estamental: llevó a que el mestizo, como figura étnica intermedia, perturbe la clasificación sobre la cual en el período colonial se quiso estructurar las relaciones sociales distinguiendo racialmente entre peninsulares, indígenas, esclavos afrodescendientes. Por razones de espacio nos circunscribiremos a evocar ciertos trabajos, contrastando voces masculinas y femeninas, que han construido grandes representaciones identitarias del mestizaje: en todas ellas es patente el papel desempeñado por el machismo y la articulación entre poder, sexo y raza.

Este tipo de representaciones han sido legítimamente criticadas: varias veces se trata de interpretaciones impresionistas, en el fondo a-históricas, que articulan de manera desenvuelta la historia social o la memoria colectiva con elementos psicoanalíticos, lecturas que encierran al mestizo en una esencia intemporal desmentida por la diversidad de las experiencias sociales. Las críticas son justas, pero pasan al costado de lo que es esencial en estas interpretaciones: la voluntad de inventar un imaginario colectivo. Lo importante es lo que sobre la realidad de la conquista se construyó en torno al mestizaje y en lazo con el imaginario de ingobernabilidad propio al machismo. Si la disciplina militar está en la base de la virilidad moderna (Mosse, 2001), la recreación de la violencia de la conquista está en el zócalo del imaginario del machismo.

Para Octavio Paz el mestizo, al que no duda en denominar como el «hombre mexicano», es el hijo de una madre violada lo que lo empuja, secretamente, hacia el culto de la Virgen inmaculada en tanto que voluntad por negar su propio origen histórico. El mestizo es un hombre definido por la ruptura y la negación, el repliegue sobre sí mismo y el encierro en el «laberinto de la soledad», a la vez separado del exterior y de su propio pasado. Para Paz (1987: 59-80) el mestizo es por eso el hombre del ritual, de la disimulación: el hombre que convive con el temor de ser desenmascarado en tanto que hijo de una mujer violada. El mestizo es un

CC BY

tipo de hombre cuyo engendramiento señala la durable insuficiencia de las regulaciones institucionales.

En Chile Sonia Montecino, más o menos en diálogo con Paz, subrayó el hecho de que tarde o temprano, en el machismo, el Padre sexualmente activo se vuelve objeto de admiración, incluso con fuerte inquino y resentimiento. En su interpretación del fenómeno del huacho, es decir, hijo ilegítimo, Montecino (1993: 32-33) asoció la carencia del padre con el anhelo de llenar este vacío a través del machismo y sus derivados: el caudillo, el militar y el guerrillero, el dictador. Con el tiempo el hijo tendería a imitar, a través de su propia errancia sexual, la masculinidad errática del padre. Siempre en Chile un imaginario colectivo se construyó así en torno al niño huacho (ilegítimo) y Salazar (2006) ha mostrado como el machismo popular y la camaradería entre huachos están marcados por la ausencia paterna. Más allá del solo caso chileno, el trauma del origen y del desconocimiento identitario —del hijo o la hija por el padre o del padre hacia los hijos—, en lazo con diversos procesos de mestizaje ha sido frecuente en las telenovelas latinoamericanas (Martín-Barbero y Muñoz, 2002).

La recreación del machismo en Brasil por Gilberto Freyre fue diferente. En torno a *Casa-grande* Freyre (2013) reconstruyó un universo social en el cual coexistían trabajo, hospitales, escuelas, cementerios y en donde el patriarca tenía absoluto acceso a los bienes y a las personas. En este contexto, Freyre analiza el macho como un «patriarca polígamo», dueño y señor de un conjunto de mujeres, niños y hombres de todas las razas. Para Freyre en este origen anidaría, entre los hombres blancos en Brasil, una sexualidad fantasmática racializada y compartimentada entre mujeres blancas, negras y mulatas altamente erotizadas. Notemos que las articulaciones entre machismo, sexo y raza siguen siendo frecuentes tanto en Brasil como en Colombia (Bastide, 1970; Viveros, 2012).

Por último, Mary Weismantel (2017) subraya el mestizaje violento que se dio en los Andes entre indígenas y hombres blancos y los relatos que esto generó en torno al pishtaco. Si en esta representación es posible encontrar elementos espectrales sobre el capitalismo y la explotación (el pishtaco extrae la grasa del cuerpo de sus víctimas), para la autora, lo importante es restablecer el temor al pishtaco en la larga cadena de relaciones sexuales no consentidas en los Andes en medio de relaciones jerárquicas y subordinadas de pobreza, raza, dominación masculina. Notemos que la realidad histórica del abuso sexual padecido por muchas indígenas fue negada por el fantasma masculino: Francisco Encinas, por ejemplo, en su monumental *Historia de Chile*, publicada entre 1940 y 1952, evoca la lascivia de las mujeres indígenas que llevaba a «la hembra aborigen, empujada cada vez con más violencia por el obscuro instinto de la especie, a buscar al macho de la raza superior» al punto que «acabó por rehuir al indio hasta dentro del matrimonio» (citado en Montecino, 1993: 47).

CC BY

Las miradas son distintas según la posición de enunciación que se adopta, pero en estas representaciones del mestizaje aparece siempre el imaginario de poder del hombre (blanco) y su rapiña sexual. La asociación es estrecha entre el mestizaje y el machismo. Una nueva versión de la conjunción de dos impulsos incontrolables —el sexo y el abuso—, que se hacen uno en la violación o en la profusión de la prole.

En los distintos imaginarios del mestizaje que hemos rápidamente señalado, las acentuaciones no son equidistantes entre la violación y los hijos ilegítimos, y ambos fenómenos no pueden ser equiparados. Sin embargo, en lo que concierne la articulación entre machismo, mestizaje e ingobernabilidad la violación goza de una innegable prioridad analítica. La violación está muy presente en varias novelas de la literatura indigenista (de Clorinda Matto de Turner a César Vallejo —en *Tungsteno*—, de Jorge Icaza a José María Arguedas). En la novela *Huasipungo* de Jorge Icaza, escrita en 1934, la bestialidad de la violación se enlaza con la evidencia del privilegio absoluto del hacendado (con «la india también»). En la violación se manifiesta la ingobernabilidad del macho que penetra y humilla desde la ingobernabilidad de su pulsión.

Este remite al verbo «chingar»: como lo precisa Octavio Paz, chingar, es hacer violencia sobre otro. Es un verbo masculino machista, activo, cruel. Un verbo que hiere, mancha y produce una «resentida satisfacción» en el que lo ejecuta, y malestares diversos en los descendientes. En la novela de Miguel Gutiérrez *La violencia del tiempo,* de 1991, un ejemplo entre otros, el mestizaje es una maldición ligada a la violación de la madre, una realidad que mancha todo el linaje posterior y que no tendría otra solución que su extirpación.

Las asimetrías de poder (de clase, de género y de raza) presentes en la conquista o en el origen del mestizaje se cristalizaron en el imaginario del machismo dando forma a un perfil de la masculinidad que, poco más poco menos, en todas las clases sociales o grupos étnicos asoció representaciones de ingobernabilidad y abuso, trazando una pirámide no regulada institucionalmente de poderíos y debilidades.

CC BY

Los miedos del macho

El imaginario del machismo también está asociado con un conjunto de temores. Aunque se trata de un registro más difícil de documentar, se trata sin embargo de un aspecto central del imaginario del machismo: la doble representación de la ingobernabilidad sexual y del abuso social alimentan representaciones de miedos particulares con respecto a la mujer, los otros hombres, la homosexualidad.

El temor a «su» mujer

El imaginario del machismo se asienta sobre la dicotomía entre la esposa y la amante. La dualidad da cuenta del particular temor del macho hacia «su» mujer. La esposa representa los deberes, las obligaciones, las molestias y las recriminaciones, preocupaciones para su posible vagabundeo sexual. Las amantes, por el contrario, son representadas como un objeto de deseo sin demasiado control sobre el hombre, con menos celos, encuentros placenteros que realzan su prestigio. La(s) amante(s) son la prueba del vigor ingobernable de su pulsión; la esposa, de su gobierno y sumisión.

En verdad, las representaciones del temor del macho no están únicamente dirigidas a «su» mujer. El hábito y el placer de homosocialidad entre hombres (no exenta de misoginia) también alimenta un temor generalizado hacia las mujeres: al fin de cuenta siempre son «las mujeres de sus amigos [quienes] le han hurtado sus amigos» (Scalabrini Ortiz, 1933: 62). Las dificultades relacionales del macho con las mujeres están bien representadas a propósito del gaucho. Desde 1930 y durante varias décadas enconadas pugnas se produjeron entre aquellas (nótese bien el género de estas autoras) que quisieron romantizar (o «conyugalizar») su imagen en torno a la fidelidad, por un lado, y aquellos que, por el contrario, subrayaron su menosprecio por la mujer y que hicieron del caballo su único compañero fiel (Casas, 2017: 193-198).

No fueron discusiones peregrinas: la cuestión de la relación a «su» mujer fue y es durablemente problemática en el imaginario del machismo latinoamericano. Ciertamente, no es un caso único: en su estudio del machismo andaluz, Brandes (1991) también subrayó los sentimientos ambivalentes que engendra entre los varones el control de la economía doméstica por parte de las mujeres. Pero en el imaginario del machismo latinoamericano la ingobernabilidad sexual y su tendencia al abuso hacen que la relación conyugal se estructure desde muy forzadas muestras de desprendimiento. Las expresiones estereotipadas son frecuentes y van más allá de una misoginia presente en varias otras figuras de la masculinidad. Una copla popular gauchesca de la segunda mitad del siglo XIX rezó:

> Mi mujer y mi caballo
>
> se han ido a Salta
>
> mi mujer puede quedarse

CC BY

mi caballo me hace falta.

Un verso de los llaneros expresó el mismo sentir:

Mi mujer y mi caballo

se me murieron a un tiempo;

que mujer, ni que demonio,

mi caballo es lo que siento. (Citado en Slatta, 1984: 199)

Un texto de Arturo Jauretche de 1934, *El paso de los libres*, expresó un sentimiento similar:

No quiero andarme con chicas

y desde ya se los digo:

no pueden contar conmigo

para cantos de maricas.

Es cosa que no se explica

que payadores de rango,

anden llorando en el tango

sus desgraciados amores:

¿son mancos esos cantores

y sus facones sin mango. (Citado en Sarlo, 1999: 210)

Esa exagerada y reiterada publicitación del desprendimiento conyugal puede interpretarse como una manifestación particular del miedo más amplio que el macho resiente hacia las mujeres de su propia familia. Las hermanas en parte, las madres por supuesto. O la madre de la madre, la abuela. A este respecto, en *Cien años de soledad*, García Márquez narra cómo, cuando el general José Arcadio Buendía se propone fusilar a don Apolinar Moscote, irrumpe la abuela de Buendía, Úrsula Iguarán, quien lo azota en público, disuelve el pelotón y manda para su casa, sano y salvo, a don Moscote. El macho Buendía teme a las mujeres de su clan familiar.

Los temores del macho hacia «su» mujer alimentan a su vez estereotipos femeninos: la figura de la mujer lengua de víbora e hiriente; la mujer-amante que publicita secretos de alcoba; la esposa sustituta de la madre-castradora; la mujer-esposa que apresa y que trata al hombre como «hijo», etcétera. En todos los casos, lo que estos miedos revelan son las debilidades de la ingobernabilidad sexual y del abuso machista. Más ampliamente esto entronca con una realidad social frecuente en la región: «en el corazón patriarcal de los Andes yace un secreto: la sociedad "matriarcal" de las cholas» (Weismantel, 2017: 111). La observación es justa, pero se extiende a otras capas sociales y zonas en América Latina. El imaginario del machismo opera dentro de sociedades en las cuales tanto la representación de la «fuerza» de las mujeres como del marido-como-hijo son constantes. En el juego de los estereotipos, en contra de sus alardes de ingobernabilidad y abuso, el macho está frecuentemente tutelado por «su» mujer. En varias representaciones sociales, la mujer —y no solo la chola en los Andes— es la auténtica jefa, la que decide, la que organiza.

Verdadero conflicto de representaciones. El macho, en su ingobernabilidad pulsional y abuso

CC BY

(«yo siempre hago lo que quiero»), requiere construir una representación unidimensional de la mujer como «objeto» para el goce masculino. Para el machismo, la autonomía de la mujer es un desafío insuperable. La reducción de la mujer a un cuerpo, la representación del acto sexual en términos altamente posesivos (casi como una extensión de la propiedad privada, casi como una extensión ordinaria de la conquista original) son infructuosas maneras de paliar el temor que la autonomía femenina y las reglas de la conyugalidad producen en el macho.

Si el imaginario del machismo reduce la mujer a su cuerpo y tiende a representarla como pasiva y sumisa a su deseo, las conductas femeninas efectivas se revelan muy distintamente autónomas. Se consolida otra fuente de temor: las capacidades femeninas para conseguir un matrimonio ventajoso (un «buen partido»), se vuelve un fantasma que azuza el miedo del macho y entretiene el durable estereotipo de la mujer interesada. Para el machismo siempre cabe la posibilidad, y por ende el temor, dada su voracidad sexual ingobernable de caer bajo la férula de una mujer racional y calculadora. Notémoslo: en este juego de estereotipos y en los miedos específicos que se representan se reinventa la dicotomía barbarie-masculina y civilización-femenina, desgobierno machista y autocontrol mujeril.

El miedo a la rivalidad masculina

El imaginario de abuso y conquista sexual del cual se nutre el machismo también genera otros miedos. La rivalidad masculina es una realidad presente en varias figuras de la masculinidad tanto en el folclore andaluz (Brandes, 1991) como en los torneos medievales que representaron un desafío entre hombres sobre la espalda de una mujer (Duby, 2002). Dentro de esta diversidad de manifestaciones, lo importante es aprehender la especificidad del temor presente en el imaginario del macho. En la virilidad, el control de la sexualidad femenina se justificó en nombre de la reproducción biológica del linaje familiar. En el machismo dado su vagabundeo sexual y sus prácticas de abuso la justificación del control sobre las mujeres tomó otras formas y generó otros temores.

En primer lugar, el imaginario del machismo da cuenta de un temor ante la transgresión que representa a sus ojos la sexualidad de mujeres blancas con hombres indígenas, pero sobre todo con negros —y esclavos—, relaciones que fueron severamente reprimidas con castigos y muchas veces con el linchamiento (como también lo fue de manera importante en el sur de los Estados Unidos). El castigo buscó sancionar la transgresión de una jerarquía social y racial, y reparar un orden estamental. Pero en el machismo latinoamericano tal vez otro factor fantasmal jugó un papel más importante. La sexualidad entre blancas y negros amenaza al macho porque hace vibrar en él posibles temores —alimentados por estereotipos

CC BY

raciales— de su inferioridad fálica (Fanon, 1952). En este punto, no es en absoluto menor que a semejanza de lo que se dio en otras regiones también en América Latina el negro —más que el indígena— haya sido simultáneamente representado a través de estereotipos de potencia sexual y de homosexualidad, en tanto que mecanismo de feminización y descalificación del subalterno (Said, 2008). En un sentido análogo, la rivalidad entre hombres también permite formular una hipótesis acerca de la relación particular que el imaginario del machismo entretiene con la virginidad. El macho, más que temer una reproducción ilegitima (como en el modelo de la virilidad), le tiene miedo a la comparación: que su querida actual que fue, en el pasado, querida de otro, juzgue sus performances sexuales.

Pero la principal fuente de temor presente en el imaginario del machismo es que «su» mujer, cortejada por otro hombre, lo deje por ese otro. Si el tema sigue estando presente en varias canciones, fue un tema recurrente en varios tangos en la década de 1920 en los cuales abundan las letras en torno a la mujer que se fue con alguien que ofrecía un nivel de vida más alto, testimoniando tanto de una crítica al materialismo como hacia la nueva libertad que obtenían las mujeres (Adamovsky, 2015: 104-105). Lo que está y estuvo en juego no es tanto la inseguridad de los sentimientos, sino que la «propia» mujer se vaya «con otro» y que, al dejarlo, lo humille. La afrenta a su honor es tanto más aguda que a ojos del macho «ser cornudo es transformarse simbólicamente en mujer» (Gayol, 2000: 193). Someterse, cualquiera que sea la modalidad, supone siempre en el machismo asumir atributos femeninos.

La autonomía e independencia femeninas son una afrenta estructural para el imaginario del machismo y se asocia con el recurso a la violencia para (r)establecer su poder. Más allá de las cifras, la violencia de género atraviesa durablemente las representaciones culturales en la región y ha sido diversamente «justificada» por el machismo. Está presente, por ejemplo, en el tango de «De puro guapo» de Carlos Gardel, en el cual el personaje narra el asesinato de «aquella que lo ha herido / en medio del corazón», antes de gritar exultante: «Me he cobrado su traición» (Gardel, 1928). Y sigue estando presente en los feminicidios de ciudad Juárez, alias Santa Teresa, relatados por Roberto Bolaño en su novela *2666*.

El pánico ante la homosexualidad

La homofobia no es una especificidad ni de América Latina ni del machismo (Fraissée y Barrientos, 2016). Sin embargo, el imaginario del macho también permite formular interpretaciones sobre los temores particulares que esta variante de la masculinidad desarrolla hacia la homosexualidad. Es en la supuesta potencia sexual de penetración ilimitada del macho donde reside la raíz fantasmática específica de su miedo a la homosexualidad. El signo de su poder (la penetración) es la clave de su temor: que su fuego sexual lo lleve y lo

CC BY

arrastre a penetrar orificios masculinos; un miedo que busca neutralizar feminizando al puto y volviéndolo un equivalente de la mujer. Sin embargo, en acuerdo con el imaginario del machismo siempre es factible que bajo su voracidad ingobernable otro macho, más fuerte que él, lo penetre. En breve: el fantasma de ingobernabilidad y penetración universal del macho engendra el temor de ser penetrado, un miedo que solo logra ser temperado cuando se ocupa una posición de poder y dominio.

El fantasma de la ingobernabilidad pulsional también da cuenta del temor al «contagio» homosexual por contigüidad. No es meramente fantasmático: muchos juegos adolescentes masculinos giran en la región en torno a esta supuesta potencia sexual ilimitada, juegos en los cuales siempre es cuestión, gestos en apoyo, de «pasarse por los huevos» a todas y todos. Esto estuvo muy presente y lo está todavía en el humor y la socialización adolescente en los cuales era —y es— indispensable que cada cual testimonie de su rechazo a la sumisión so pena de ser feminizado (Fuller, 1997: 120; Callirgos, 1998: 32 y 51; Muñoz Sánchez, 2017: 204-220). La camaradería adolescente está frecuentemente atravesada por el temor a ser feminizado (Jones, 2010; Paulin, 2019), lo que exige un juego de equilibrios bien descrito por Vargas Llosa tanto en *La ciudad y los perros*, de 1963 como en *Los cachorros*, del año 1967. Entre varios padres —y madres— la adhesión al imaginario del machismo alimenta el temor de que el propio hijo se vuelva «maricón».

El imaginario del macho también permite interpretar la especificidad del miedo hacia los gais. Un temor que se ha acentuado en las últimas décadas a medida que se afirmó políticamente esta identidad y que se terminó trazando una distinción entre el puto, el homosexual y el gay (Parrini, 2018). La afirmación de los gais problematiza en efecto la ambigüedad presente en el macho: su frecuente atracción hacia la homo-sociabilidad masculina y su temor hacia la homo-sexualidad (Kimmel, 1997).

Aún más: a los viejos temores se le añade el desafío específico que la Loca plantea al machismo. A través de la sofisticación de su puesta en escena, la Loca, encarna el triunfo del autocontrol corporal por sobre la voracidad indómita del macho. Ciertamente, no es el único desafío estético: los gais también se apropiaron los atributos de la virilidad a través de un uso particular de jeans y camisetas y cuero, bigotes y pelo corto, intercambios rudos, lo cual no estuvo del todo exento de elementos paródicos. La anexión por la estética gay de los cuerpos musculosos (un fenómeno común a otras regiones del mundo) tiene por eso un sentido particular en América Latina, una región en donde el imaginario del machismo nunca invirtió en el realce del cuerpo masculino. Sin embargo, sin desconocer lo anterior, el desafío de la Loca es otramente punzante: en el fondo, la Loca está más cerca de la virilidad y de sus reglas de autocontrol que el macho tutelado por el falo.

CC BY

El imaginario del machismo permite interpretar de manera aunada el temor hacia el contagio de la homosexualidad, el terror ante el maricón y el pánico —o el desaire inaceptable— ante la Loca. O sea, si el temor preexistió a las estrategias subversivas de género de los Drag Queen o de la Loca las teatralizaciones de estos actores al deconstruir la masculinidad naturalizada y sexualmente compulsiva del imaginario del machismo son resentidas como parodias intolerables. Al ridiculizarlo, al burlarse con ironía de su impulso fálico compulsivo y supuestamente natural esta teatralización de género suscita grandes ansiedades. La Loca aterra e irrita porque es un ejemplo de autogobierno de sí (sofisticación, gestos, vestidos, locuciones) que ridiculiza la teatralización compulsiva y subordinada del macho a su impulso fálico. Nadie dio mejor cuenta de lo corrosivo de esta crítica paródica del machismo que Pedro Lemebel (2000: 93).

* * *

En el momento en el cual se publicita la aparición en América Latina de un conjunto de diversas masculinidades alternativas o igualitarias, otras paternidades, nuevos modelos prescriptivos de afectividad en ruptura o en tensión con el machismo, o que se multiplican los estudios sobre su crisis (Fuller, 1997; Olavarría, 2001; García, 2015) es importante disponer de una conceptualización del machismo en tanto que variante de la masculinidad.

El machismo latinoamericano no es un mero género más, al lado de otros perfiles masculinos (Connell, 2015). Su impronta cultural es distinta y más profunda. El imaginario del machismo en sus grandes núcleos de significación —ingobernabilidad sexual y abuso social— debe comprenderse como una variante del imaginario más general de las individualidades ingobernables. Un imaginario que, también presente en otras figuras como la barbarie, el caudillismo o la transgresión, cuestiona la pertinencia del individualismo institucional a la hora de analizar las individualidades latinoamericanas.

Reconocer esta especificidad invita a alejarse de visiones unilateralmente condenatorias del machismo o de representaciones homogéneas de su crisis actual. La desaprobación del machismo no debe hacer la economía de su comprensión. El machismo se inscribe en el marco de sociedades en las cuales los poderes infraestructurales del Estado, la validez de la ley, los programas institucionales, la seguridad ciudadana, la gestión de las asimetrías de poder fueron y son de un tipo particular.

A pesar de los innegables e innumerables cambios que se han producido a medida que se acrecentó el poder del Estado y de las instituciones, pero sobre todo a causa del empoderamiento de las mujeres y de las disidencias de género, los sustratos del machismo han sido desestabilizados. Sin embargo, a pesar

CC BY

de estas inflexiones, también persisten continuidades que el imaginario del machismo permite aprehender y que retrotraen a su origen, su pasado, su cristalización y que dan cuenta de su vigencia, su resiliencia y su crisis actual. El machismo no es más lo que fue en el pasado, mas continúa siendo una dependencia de sendero activa en las sociedades latinoamericanas actuales.

El rechazo del machismo —un modelo de rol hiriente de mujeres y hombres— o su mera desaprobación en nombre de diversas variantes del individualismo institucional (nuevas reflexividades, emociones, cuidados, etcétera) corren el riesgo de pasar al costado de las razones estructurales de su persistencia. Las bases materiales del imaginario del machismo residen en una vida social en la cual, por un lado, las asimetrías de poder no logran ser reguladas desde las instituciones y por el otro, existe un conjunto de representaciones que valorizan —incluso de manera ambigua— las capacidades extra o anti institucionales de los individuos.

El machismo latinoamericano, como lo hemos señalado refiriendo a la bibliografía de otros casos nacionales, posee ciertos rasgos comunes con otras experiencias de la masculinidad. Sin embargo, más allá de ciertas similitudes, lo importante es aprehender las razones estructurales que asocian el machismo con procesos particulares de individuación y con el imaginario de las individualidades ingobernables. Dentro de este imaginario, es incluso posible formular la hipótesis de una cierta centralidad de la figura del machismo, lo que se refleja en las distintas maneras como cruza transversalmente otras figuras de la ingobernabilidad (la barbarie, el caudillo, el dictador, la transgresión, la violencia). Reconocer esta particularidad y la historia en la cual se inserta permite comprender los lazos que el machismo latinoamericano puede eventualmente tejer con nuevos proyectos autoritarios de masculinidad (supremacismos, hermandades, virilismos, *technobros*, restablecimiento de jerarquías, etcétera).

Tanto la denuncia del acoso y de las violencias de género como la promoción de nuevas modalidades de regulación institucional de las conductas masculinas son indispensables, pero insuficientes. El cuestionamiento del machismo no debe limitarse a la crítica de ciertas prácticas. Es preciso aprehender su imaginario como un fenómeno social, cultural e histórico más amplio, que testimonia de un modo de individuación distinto al individualismo institucional. Para cuestionar el imaginario del machismo es preciso aprehenderlo como una manifestación del imaginario de las individualidades ingobernables.

CC BY

Bibliografía

Adamovsky, E. (2015). *Historia de la clase media argentina. Planeta.*

Adler de Lomnitz, L. (2016). Cómo sobreviven los marginales. Siglo XXI.

Aidoo, L. (2018). *Slavery Unseen*. Duke University Press.

Araujo, K. (ed.) (2009). *¿Se acata pero no se cumple? Lom.*

Araujo, K. y Martuccelli, D. (2012). Desafíos communes, tomo 2. Lom.

Bastide, R. (1970). Le prochain et le lointain. Cujas.

Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. Paidós.*

Bennassar, B. (2001). La América española y la América portuguesa, siglo XVI-XVIII. Akal.

Brandes, S. (1991). *Metáforas de la masculinidad*. Taurus.

Buarque de Holanda, S. (2013). *Raízes do Brasil*. Companhia das Letras.

Burga, M. y Flores Galindo, A. (1987): *Apogeo y crisis de la República Aristocrática.* Ediciones Rikchay Perú.

Callirgos, J.C. (1998). *Sobre héroes y batallas. Escuela para el Desarrollo.*

Candido, A. (1977). Prólogo: Dialéctica del malandrinaje. En M.A. de Almeida, Memorias de un sargento de milicias (pp. ix-xxxvii). Biblioteca Ayacucho.

Carmagnani, M. (2004). El otro Occidente. El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica.

Casas, M.E. (2017). Las metamorfosis del gaucho. Prometeo Libros.

Castoriadis, C. (1975). *L'institution imaginaire de la société.* Seuil.

Connell, R. (2015). *Masculinidades*. Universidad Autónoma de México.

DaMatta, R. (1984). *O que faz o brasil, Brasil?* Rocco.

Del Águila Peralta, A. (2013). *La ciudadanía corporativa. IEP.*

Dubet, F. (2006). El declive de la institución. Gedisa.

Duby, G. (2002). Le modèle courtois. En C. Klapisch-Zuber (dir.), *Histoire des femmes en Occident*. *2: Le Moyen Âge (pp. 323-343). Perrin.*

Elias, N. (1987). El proceso de civilización. Fondo de Cultura Económica.

Fanon, F. (1952). Peau noire, *masques blancs*. Seuil.

Foucault, M. (1984). *Les usages du plaisir*. *Tome 2: Histoire de la sexualité*. Gallimard.

Fraïssé, C. y Barrientos, J. (2016). The Concept of Homophobia: A Psychosocial Perspective. *Sexologies, 25*(4), 133-140. DOI 10.1016/j.sexol.2016.02.002

Freyre, G. (2013). *Casa-Grande & Senzala*. Global.

Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas.* Fondo Editorial PUCP.

____. (2012). Repensando el machismo latinoamericano. *Masculinities and Social Change*, *1*(2), 114-133.

Gardel, C. (1928). De puro guapo [canción]. En *La historia completa de Carlos Gardel.* EMI Odeón.

García, K. (2019). Violence Within: Understanding the Use of Violent Practices Among Mexican Drug Traffickers. *Justice in Mexico Working Papers Series, 16(2), 1-35.*

García, L.F. (2015). Nuevas masculinidades: Discursos y prácticas de resistencia al patriarcado. FLACSO-Ecuador.

García-Calderón, F. (1980). Las democracias latinas de América. Biblioteca Ayacucho.

Gayol, S. (2000). Sociabilidad en Buenos Aires. Del Signo.

García Villegas, M. (dir.). (2009). Normas de papel. Siglo del Hombre.

____. (2017). El orden de la libertad. Fondo de Cultura Económica.

Gutmann, M. (1996). The Meanings of Macho. University of California Press.

Herrén, R. (1991). *La conquista erótica de las Indias. Planeta.*

Jiménez, J.A. (1981). El Rey [canción]. En Un mundo raro. Tropi Records.

Jones, D. (2010). Sexualidades adolescentes. CICCUS y CLACSO.

Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 49-62). ISIS Internacional-FLACSO.

Lavrin, A. (Coord.). (1991). *Sexualidad y matrimonio en la América Hispánica. Siglos XVI-XVIII*. Grijalbo.

____. (2005). *Mujeres, feminismo y cambio social. Centro de investigaciones Diego Barros Arana.*

Lemebel, P. (2000). Loco afán. Anagrama.

Lukes, S. (1975). Individualismo. Península.

Mafud, J. (1988). Psicología de la viveza criolla. Distal.

Mannarelli, M.E. (1993). Pecados públicos. Flora Tristán.

____. (1999). Limpias y modernas. Flora Tristán.

Martuccelli, D. (2010). *¿Existen individuos en el Sur?* Lom.

____. (2024). *Las individualidades robadas de América Latina*, tomo 1. Lom.

Martín-Barbero, J. y Muñoz, S. (Comps.). (2002). *Televisión y melodrama. Tercer Mundo.*

Méndez, J.E., O'Donnell, G. y Pinheiro, P.S. (Eds.). (2002). La (in)efectividad de la ley y la exclusión en América Latina. Paidós.

Mirandé, A. (1997). *Hombres y Machos. Masculinity and Latino Culture*. Westview Press.

Montecino, S. (1993). *Madres y huachos. Cuarto Propio y Cedem.*

Mörner, M. (1970). La mezcla de razas en América Latina. Paidós.

Mosse, G.L. (2001). La imagen del hombre. Talasa.

Muñoz Sánchez, H. (2017). Hacerse hombres. Universidad de Antioquia.

Neira, H. (1996). Hacia la tercera mitad. Fondo Editorial SIDEA.

Olavarría, J. (2001). ¿Hombres a la deriva? FLACSO-Chile.

Parrini, R. (2018). *Deseografías*. Universidad Autónoma de México.

Parsons, T. (1951). *The Social System*. The Free Press.

____. (1964). *Social Structure and Personality*. The Free Press.

Paulin, H. (2019). *Ganarse el respeto. Editorial de la UNC.*

Paz, O. (1987). El laberinto de la soledad. Fondo de Cultura Económica.

Ramos Mejía, J. (1899). Las multitudes argentinas. Félix Lajouane.

Retamal Ávila, J. (2015). Fidelidad conyugal en el Chile colonial. En R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), Historia de la vida privada en Chile (pp. 49-69, tomo 1). Taurus.

Robles, F. (2000). El desaliento inesperado de la modernidad. Ril.

Said, E.W. (2008). *Orientalismo*. Random House Mondadori.

Salinas, R. (2015). Población, habitación e intimidad en el Chile tradicional. En R. Sagredo y C. Gazmuri (dirs.), *Historia de la vida privada en Chile (pp. 11-47, tomo I). Taurus.*

Salazar, G. (2006). Ser niño «huacho» en la historia de Chile (siglo XIX). Lom.

Sánchez-Albornoz, N. (2014). La población de América Latina. El Colegio de México.

Sarlo, B. (1999). Una modernidad periférica. Nueva Visión.

Sarmiento, D.F. (1977). Facundo. Biblioteca Ayacucho.

Scalabrini Ortiz, R. (1933). El hombre que está solo y espera. Librerías Anaconda.

Schwarcz, L.M., y Starling, H.M. (2016). Brasil: Una biografía. Randon Penguin House.

Seed, P. (1991): Amar, honrar y obedecer en el México colonial. Alianza.

Seidler, V.J. (1994). *Unreasonable Men*. Routledge.

Slatta, R.W. (1984). Gauchos, llaneros y cowboys: Un aporte a la historia comparada, *Boletín americanista, 34, 193-208.*

Taylor, C. (2004). *Modern Social Imaginaries*. Duke University Press.

Vallenilla Lanz, L. (1991). *Cesarismo democrático y otros textos. Biblioteca Ayacucho.*

Velázquez Castro, M. (2013). La mirada de los gallinazos. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Vigarello, G. (1998). Histoire du viol. Seuil.

Viveros, M. (2012). De quebradores y cumplidores. Universidad Nacional de Colombia.

Weismantel, M. (2017). Cholas y pishtacos. Relatos de raza y sexo en Los Andes. Universidad del Cauca e Instituto de Estudios Peruanos.